

ÁLBUM DE PUNTA UMBRÍA

INTRODUCCIÓN

LAS CASAS DE MADERA

La boca del río Odiel se abre al mar con una larga y afilada lengua de arena que se hunde en las aguas del Atlántico sur. Punta Umbría, arena arrastrada por el viento del sudoeste que llega desde el océano, playa extensa, luz diáfana, transparente.

Llegaron los ingenieros ingleses de las minas de Río Tinto para instalar sus viviendas, casas de salud, aire puro contra la enfermedad, levantadas como palafitos para resistir, no el agua, sino los embates de unas dunas cambiantes. Aquellas casas de madera eran apenas una huella sobre un inmenso arenal en medio de un cielo luminosamente azul. Se posaban para asomarse a un mar largo, teniendo a sotavento una ría resguardada. El viento intentaba cubrir las, tapar las, espantar las y ellas se levantaban del suelo y volcaban sus terrazas hacia el exterior resguardándose del sol con esterones de esparto. Estrechos caminitos de madera, con tablas separadas, unían unas con otras formando recorridos apenas insinuados. Se sentía el aislamiento, la soledad de la mar prolongada hasta un horizonte lejano, la libertad ante la naturaleza en estado puro.

Alrededor de un espacio central, con cubiertas de chapa a dos aguas, se organizaban las estancias y los dormitorios; como faldones, otras cubiertas, rodeaban este espacio para dar cobijo a corredores amplios donde se hacía casi toda la vida. Las barandas de aspas que las envolvían abrían huecos para dejar pasar unas escaleras breves, elementales. Luego, llegaron los molinos de viento, engendros mecánicos de hierro flameando sus aspas, susurrando al aire chirridos estremecidos, rompiendo el silencio, haciendo subir el agua de los aljibes a los depósitos.

Un día, los ingleses ya no volvieron y las casas quedaron, desiertas, desnudas de vestimentas, quizás llenas de voces apagadas que eran arrastradas hacia fuera por el viento, entre los vidrios rotos de las ventanas, entre los resquicios de las largas tablas de madera de las paredes, entre los intersticios de las cubiertas de chapa. La sal de la brisa, el sol de los veranos, las lluvias de primavera y la humedad del invierno curtieron las maderas y las retamas amarillas y los pinos verdes colonizaron el terreno que las rodeaba.

Durante algún tiempo, desnudas, les llegaba el mar con el viento salobre de poniente. Luego, ya casi esqueletos de madera, un aire vetusto y decadente las llenó de ese misterio atrayente que llama. Se oían susurros, no hay nadie, decían, sube, y pasos temerosos y sombras en las ventanas y todo se convertía en la aventura de lo que puede haber, sin haber nada, casa, castillo, refugio, guarida y luego carreras, con el ruido sordo de los pies en las maderas. Se conservaron en pie hasta el final, sin desmoronarse, altivas todavía. Después, el urbanismo feroz, la historia tal cual, implacables, no dejaron ni una huella, ni siquiera un rastro. Solo queda la añoranza, la nostalgia.

LA PLAYA Y LOS PINARES

Una larga playa se extiende salvaje, desde la punta de arena que parece asomarse al no tan lejano *Coto de Doñana*, hasta esa otra lengua de arena salvaje de *El Rompido*. Durante muchos años esa arena finísima fue la protagonista absoluta de Punta Umbría. Mucho más tarde, a pesar de que quisieron romper aquel paisaje de bajamares extensos y limpios con enormes piedras pizarrosas de un gris oscuro, que vertieron sobre la punta para formar un espigón que se adentra en el mar, la playa ha conseguido conservar ese hálito atlántico que bañan las largas olas y la brisa transparente que llega de mar adentro. Bajo un larguísimo horizonte se ven, a veces, las pequeñas manchas blancas de algún velero que escora su casco con el viento de poniente.

Más allá de la punta, sobre la playa, pequeñas dunas, casi bañadas por las pleamares, bailan al viento los finos cabellos de algunas plantas, hasta el final, hasta donde empiezan los serios enebrales mezclados en los pinares, donde dicen que estuvo *la venta del Calé*, un poco después de haber sobrepasado las *tres Marías*, esas casas trillizas que era donde Punta Umbría se acababa.

Mientras las antiguas casas de madera de los ingleses agonizaban sobre unas dunas ya cubiertas de vegetación, había ido creciendo una segunda generación de casas que heredaron lo mejor de aquellas. Ordenadas, precisas, corredores horizontales alrededor; depósitos y pilares verticales; tejados y escaleras inclinados: proporción, medida, nada innecesario. ¿Porqué será que esos volúmenes sencillos y las ventanas cerradas en un silencio blanco recuerdan tanto a la infancia vivida en Punta Umbría?

Desde arriba se veían grandes, muy blancas, casi iguales, salpicadas sobre una arena también muy blanca, ya sin dunas. Unas crecieron ocupando ese espacio alargado de la punta, entre el mar y la ría. Allí no había pinos, ni retamas, solo ellas, las casas, sin más sombra que su propia sombra, porque al igual que las de madera se levantaban del suelo, despegando hacia arriba para coger brisa, para dejar espacio, abajo, en la penumbra. En las partes bajas, voces leves, silencios, el clicclac de la pelota blanca que rebota en la mesa. Arriba, en las marquesinas, en ocasiones, esterones de esparto guardan la siesta, y otras veces, las lonas se abren y se cierran con ráfagas de aire, a bocanadas, dejando escapar lo de dentro afuera y lo de afuera dentro.

Para separar unas de otras se formaron calles apenas insinuadas, y callejones, todo arena, caminos solo de tablas, que luego fueron pequeñas losas alargadas. Elementales postes, encalados, muy blancos, terminados en puntas de diamante, se unían con cables para señalar un límite transparente a la mirada, luego fueron tapias, siempre bajas, todo se veía, todo se dejaba ver.

La arena estaba siempre presente, en los terrenos que delimitaban las casas, en las pequeñas calles. Más tarde, surgieron jardines escasos, con los apretados ramilletes de florecillas de colores de las lantanas, y pocos árboles; allá, a lo lejos, algún eucalipto, largo, espolvoreando sus hojas al viento.

En el interior habían avanzado, desde tierra adentro, pinares verdiamarillos y entre ellos, otras casas, muchas bajas, otras todavía elevadas, todas blancas, tejados de tejas planas, ventanas de un verde intenso y algunas adornadas con pequeños torreones y en su cumbre el brillo de una gran piña de cerámica azulada. *Villa Aurora, Villa Soledad, Villa María* y tantas otras se refugiaban a la sombra de los pinares, alrededor del camino largo de *El Cerrito* y sus pequeñas callecillas adyacentes, con tapias breves, bajas, todo a la vista, con sus jardines de arena en los que fueron creciendo, rastreras, formando un manto denso, las uñas de león, verdes, afiladas, carnosas; y las adelfas, rosadas y blancas, y algunas buganvillas moradas; todas entre los pinos, de troncos marrones y anaranjados, enmarañados; y entre ellos, las terrazas parecen esconderse, con sus persianas de tablillas de madera, con el cricri de las tardes de calor, siesta y silencio.

La mayor parte de estas casas de *El Cerrito* han ido desapareciendo para construir otras más grandes con una modernidad diversa y dudosa que los antiguos arenales extrañan. Como grandes nubes verdes los pinos envuelven las que quedan, quieren protegerlas, quizás inútilmente, de los adosados que las rodean, que las acosan.

LA RÍA

Al otro lado del mar abierto, en la retaguardia, está una ría mansa que sube y baja aproando con la marea los barcos en ella anclados. A un lado, hacia el interior, el muelle de pescadores, enormes velas latinas cediendo su silencio a un nuevo ruido monótono y constante, motores que suenan, saliendo a la mar, como el múltiple tictac de relojes que arrastra el tiempo. Al otro, el muelle del club náutico, casi tocando ese extremo en el que las

olas se amontonan peleando por pasar, sin ceder el paso, revolcando las conchas hasta que la corriente cede y el agua pasa y pasa, rápida, hasta que se calma. Se quedan allí llanuras de arena, limpiísima, hasta casi perderse, formando bajos.

Una larga hilera de casas, son bajas como si no quisieran levantar el vuelo, muchas sobre pilares, una tras otra, marcando el borde, parecen casi iguales, un parecido agradable, sereno, pero ¡son tan distintas! Más tarde llegaron los añadidos: torreones, plantas altas, garajes, deformidades. Las vallas fueron también bajas, separaban sin ocultar, desde dentro veías fuera, desde fuera veías dentro. Esta hilera de casas, desde un poco más allá del club náutico hasta el muelle de las canoas, formó la fachada a la ría de Punta Umbría.

Por las mañanas el sol se asoma, desde el otro lado, desde la otra banda, a las marismas del Tinto y el Odiel que desparraman juntos sus aguas al Atlántico. Y es esta ría la que siempre ha acogido en sus aguas los barcos que en ella se anclan a su fondo, protegidos de la fuerza del mar abierto que llega a la playa. Los *snipes*, el yate de *don Remi* y sus balanceos suaves con breves olas al paso de los pesqueros que salen a la mar.

Sobre el mismo borde, en las arenas de las orillas de la ría, crecieron enormes eucaliptos, mastodontes arbolados; eran tan grandes que el viento marino se detenía y, al pasar los veleros, quedaban las velas al paio; daban sombra a la primera casa, la más antigua. A su lado estaba otra reliquia del pasado; con un torreón afilado se escondía de las miradas curiosas en un jardín con pinos altos y palmeras bajas. Desde su amplísima terraza, un poco asomada, un poco elevada, se podía contemplar esa ría apacible que baña la orilla cercana al fondo de un horizonte plano, tierra adentro hasta La Rábida y Palos de la Frontera, tan colombinas. Un horizonte que se llenó más tarde, con los años, de luces y ráfagas de fuego, de vapores, de humos y de fábricas. Al fin, una primero, después la otra, cayeron exhaustas, sin que nadie, ni su historia, ni su edad, ni nada, pudiera salvarlas.

El paseo de la ría terminaba, o empezaba, en ese ensanchamiento que algunos llamaban plaza. Al borde de esta plaza, el “muelle de las canoas”. Canoas, un nombre pequeño para unas lanchas grandes, casi barcos: *La belleza de Alicante*, *El Rápido* y tantos otros que durante años crearon un sendero marino que unía Huelva con Punta Umbría, sin carreteras, sin caminos, solo la huella del mar por el estero del Odiel en un trasiego de pasajeros, bultos, baúles y maletas que llenaban las casas en los meses de verano, transportados por esos serrones de esparto que cargaban los burros a sus espaldas.

Frente al muelle, el *Cinemar San Fernando*. Lo acompañaba un corpulento eucalipto, una masa intensa de un verdor apagado. Arcos de luces de colores alumbraban sus puertas y tres grandes tableros anunciaban los estrenos de hoy, de mañana y de pasado. La luz de su pantalla de tela, de este cine abierto al cielo, se iluminó con miles de películas las noches de verano.

Pero el tiempo, el que pasó, el que llegando se abalanza, va imponiendo su destino. Ya la arena se llenó de asfalto, las casas de madera son solo un leve resplandor que queda en el pasado, el blanco de la cal se ha vuelto pardo, y amarillo y casi agrisado, las tapias se han remontado, tapando; ya los caminos no son sendas en el agua, de Huelva a Punta Umbría; ya cayeron aquellas casas y las otras y las de después y casi todas, la calle Ancha es ya estrecha, ya no hay mojarritas enganchadas al anzuelo en las escaleras del muelle, ni burros, ni angarillas, ni pies descalzos; ya no está la arboleda de eucaliptos, ni el *Cinemar san Fernando*, ni el yate de *don Remi*, ni las velas de los pesqueros, silenciosas, buscando brisas; ni siquiera están las olas peleando, disputándose la arena de la punta, la que entraba en el mar, la que ceñía la ría.

Queda el aire transparente que trae el viento foreño, el de fuera, de mar adentro y la luz limpia inundándolo todo y la playa dejando en la arena un olor salobre a mojado.